

Los problemas centrales de la Economía

El término medio

Hay actualmente muchos economistas, y otros que no lo son, según los cuales, la solución de los problemas del tiempo presente se ha de encontrar en un régimen a medio camino entre el capitalismo y el comunismo, que conserve del primero alguna de la eficacia para el progreso que mostró en el tiempo pasado, las libertades más esenciales de eso que se entiende por democracia, y una sombra de iniciativa privada y de mercado libre.

Del comunismo se tomarían algunas de sus esencias, aunque en sentido más humanístico. Se estatificarían las grandes empresas, sin llamar a eso colectivización. El Fisco absorbería la mayor parte de la renta, sin darle nombre de expropiación, para redistribuirla según el leal saber y entender de quienes mandaran. Se disciplinaría la producción y la distribución, para realizar los ideales un tanto vagos y oscuros de cierta democracia económica con que sueñan algunos arbitristas facilonos. Tendríamos, en suma, un comunismo vergonzante, disfrazado de algún mote eufemista y con una fachada menos adusta que la del comunismo ruso.

Si tal designio se realizara pronto se echaría de ver que el sistema no funcionaba satisfactoriamente, que para hacerlo marchar habría que dar de día en día más rigor a las intervenciones, que apretar más y más los tornillos del Poder para que los ciudadanos a quienes se les hubieran quitado los incentivos naturales —en una organización sin duda injusta como la capitalista, pero que ofrece sus oportunidades, siquiera sean tan remotas para el pobre cual enriquecerse en la Lotería—, siguieran trabajando forzosamente.

En el comunismo no hay oportunidades, ni aun tan raras como pueden ser para un obrero las del capitalismo. Es un régimen de sacrificio por un porvenir oscuro e incierto, por un sueño de visionarios doctrinarios, que no puede esperarse que tengan realidad en la vida temporal de los ciudadanos actuales, ni compensación en una vida eternal, de cuya fe se procura despojarlos como de un relieve indeseable del capitalismo. Es un infierno dantesco en que, perdida toda esperanza para los que entran, no queda más resorte que el temor.

Esa faceta de la inhumanidad, de la crueldad, la más repelente del comunismo, es un fruto normal de él. Cuando todos los resortes normales se han

perdido el hacha del verdugo es la *última ratio*, lo único que puede conservar una unidad, una cohesión o una sumisión que se necesita a toda costa para evitar la disolución del régimen.

Todo sistema de ese tipo se ha de apoyar sobre un despotismo sin piedad. ¿Qué sería de la Administración pública en manos de funcionarios venales, dentro de un sistema tan burocratizado y dotado de poderes tan omnímodos, sin ninguna garantía para el ciudadano contra el abuso de poder, si de vez en cuando una depuración despiadada no viniera a mantener, ya que no la justicia que poco importa, el miedo a caer como saboteador del régimen? Por lo que pasa en países capitalistas, menos burocratizados, menos desmoralizados e intervenidos, con más sentido del honor, con más fiscalización ciudadana, podemos conjeturar lo que sería un régimen así, sin castigos implacables.

Seguramente, si a los que contribuyeron a crear el régimen ruso (ya no existen, pues han caído como desviacionistas o contrarrevolucionarios) se les hubiera preguntado por el régimen a que aspiraban, la mayoría hubiese trazado, sin duda de buena fe, un cuadro muy distinto, tan risueño y edénico o más que el que nos pintan los partidarios actuales del término medio. Aquél iba a ser el paraíso proletario. Tampoco Marx pensó, a buen seguro, que la dictadura del proletariado resultase lo que ha sido.

Una de las primeras medidas de los bolcheviques, que nos habla de sus primeros propósitos humanitarios, fué suprimir la pena de muerte de su código; sin embargo, es el país que más la ha practicado, en magnitudes que horrorizan. Ciertamente que los crímenes contra el Estado, en un régimen en que todo se sacrifica a la razón de Estado, se hallan excluidos de la clemencia. Mas cuando el Estado lo es todo ¿qué no es crimen contra el Estado? Sólo los delitos contra los semejantes, por abominables que sean, pueden encontrar lenidad en la justicia, aunque se acabará por ver que también la criminalidad privada debilita y amenaza la cohesión social y la fuerza del Estado, tan necesaria para la subsistencia de cualquier régimen.

Sólo pretendo hacer ver con estas reflexiones que se trata de un proceso lógico, de una consecuencia fatal del rumbo emprendido, y lo único que cabe reprochar a los bolchevistas es que ni

por razones humanitarias se hayan detenido ante las crueles derivaciones de su sistema.

Debe esto servir de aviso para apartarse de una ruta peligrosa que debe repeler a todo espíritu verdaderamente cristiano. Una vez comprometidos en ella, o hay que retroceder, si no se tiene corazón para arrostrar el empleo despiadado de la violencia, o correr el riesgo de la inmoralidad y la corrupción que envenene y aniquile al país.

Quienes piensan que se pueden mantener a medio camino sueñan una quimera. El término medio tiende a deslizarse indefectiblemente hacia uno de los extremos, lo mismo que un alfiler suspendido entre los dos polos de un imán, se pega al uno o al otro, y es imposible mantenerlo en el punto medio, aunque teóricamente debe de haber una posición en que la atracción de uno y otro polo se neutralicen, lo mismo que debe de haber una posición en que un huevo se mantenga en equilibrio sobre su punta, pero prácticamente no hay manera de encontrarla, a menos de emplear el artificio de Colón para ponerlo derecho.

Algo así sucede con el régimen económico; cae del lado que se inclina. Si partimos del capitalismo, una política de intervención creciente le llevará por pasos insensibles a alguna especie de comunismo. Recíprocamente, partiendo del comunismo, una política de liberación de la economía, traerá finalmente alguna forma de capitalismo, como la N. E. P., implantada por Lenín ante los primeros fracasos del comunismo en el terreno de la producción, hubiera terminado en un capitalismo a la occidental, si la visión del peligro por parte de los más doctrinarios y recalcitrantes no hubiese puesto coto violentamente a ese deslizamiento. Es ésta una ley natural, una ley semejante a la de la infecundidad de los híbridos.

Hará cosa de un año hubo de enunciar, en una solemnidad pública y oficial la tesis que aquí expongo. Esto pudo parecer, a quienes comulgan con la idea ingenua de que capitalismo y comunismo son las dos grandes antítesis del mundo actual, una genialidad o afán de paradoja. Hoy puedo referendar esta opinión mía con muy buenos testimonios. El más valioso es el de S. I. el obispo de Málaga, que en una carta publicada recientemente, dice:

A medida que avanzan las facultades del Estado, el mundo se va socializando, *socialización que prepara las conciencias y las instituciones para un posible triunfo comunista.* (A B C, 13 marzo, La moderna cuestión social, página 54.)

El Dr. Herrera aduce, en corroboración, un texto del famoso economista liberal suizo Profe-

sor Eucken. Por mi parte voy a permitirme traer a colación otros dos testimonios:

... el keynesismo no es un sucedáneo del socialismo, como Keynes esperaba, sino un simple rodeo en el camino hacia el socialismo (léase comunismo) (Prof. Morton, de la Universidad de Wisconsin, «The Journal of Political Economy», 1951, página 261.)

La substitución general del mercado libre por el predominio de la intervención política centralizada significará la destrucción de la democracia y la libertad, y el establecimiento de un orden social totalitario. (Ibidem, 1946, página 453). Extracto de un artículo del Profesor Knight, de la Universidad de Chicago).

GERMAN BERNACER